

## CAPITULO XXXVIII

### Los socráticos.

Cuantos escritos consagró la antigüedad á dar á conocer el desenvolvimiento y progreso de la Filosofía, obedecen evidentemente á la idea de relacionar entre sí lo más estrechamente posible á los distintos cultivadores de aquella ciencia. Tal revela el papel asignado á Sócrates, el cual no deja de ofrecer gran analogía con el que, según opinión muy generalizada entre los griegos, desempeñaba Homero respecto de todos los poetas. Es indudable que, dada la manera en que los antiguos cultivaron la Historia de la Filosofía, esta idea ofrecía ciertas ventajas; mas es cuestión distinta la de si se halla siempre suficientemente justificada. No faltan ciertamente razones para negarlo, y más adelante tendremos ocasión de dar de ello más de una prueba. Ofrece, sin embargo, grandes dificultades el prescindir de la tradición que hemos recibido, pues para hacerlo necesitaríamos noticias más detalladas de las que nos ofrecen las fuentes de que hoy disponemos. Además, en la mayoría de los casos la riqueza de datos resulta engañosa. Por otra parte, aunque las noticias que se conservan bastaran para hacer con exactitud y claridad suficientes, una clasificación de las diversas tendencias seguidas por aquellos á quienes se señala como discípulos de Sócrates, ó para reducir á un sistema más ó menos completo las opiniones de los mismos, todavía la tarea del historiador sería por extremo ingrata: porque de los innumerables escritos consagrados á consignar la doctrina de Sócrates ó las teorías inmediatamente relacionadas con ella, sólo se conserva un número hasta cierto punto escaso, y las noticias que tenemos respecto de los demás se limitan muchas veces á la simple enumeración de sus títulos. Hay que agregar á éstas, otra dificultad, á saber: que ya en época relativamente remota parece haber sido considerable el número de obras que corrían

con nombres supuestos: de donde, como es natural, se ha originado una inseguridad tanto mayor cuanto que con frecuencia no encontramos base sólida á que atenernos.

Hechas estas observaciones para explicar el por qué de las lagunas que han de encontrarse más adelante, volvamos ante todo á aquellos ensayos cuyo objeto no era otro que reproducir lo más fielmente posible la imagen de Sócrates, tal y como se reflejaba en las conversaciones y pláticas por él sostenidas. Estos ensayos, entre los cuales deben contarse las *Memorias de Sócrates*, de Jenofonte, de que después hablaremos circunstanciadamente, son los que en la literatura se conocen sobre todo con la denominación de *discursos socráticos* (λόγοι Σωκρατικοί). Aristóteles señala como el primero que puso por escrito estos discursos, á un cierto *Alexameno* de Teos <sup>1)</sup>. La carencia de toda otra noticia sobre este personaje, es la mejor prueba de la extraordinaria insuficiencia de la tradición histórico-literaria, de que antes hablábamos. Suponerle autor de buen número de los diálogos que corren con nombres de antiguos socráticos, sería grandemente aventurado, aun cuando ya los mismos antiguos profesaron la opinión de que no eran obras de aquellos cuyos nombres llevaban. En este sentido se expresa, en el siglo segundo de nuestra Era, el estóico Panecio, al calificar de únicos auténticos, entre todas las obras de este género, las de Platon, Jenofonte, Aristóteles y Esquines; la autenticidad de los diálogos de Euclides y de Fedon le parecía dudosa, y todos los demás, sin excepción alguna, los consideraba apócrifos <sup>2)</sup>.

Aunque desconocemos las razones y fundamentos de este juicio, tenemos, sin embargo, tanto más motivo para estimarlo exacto, cuanto que Panecio, en punto á sentido crítico, era digna

<sup>1)</sup> En Ateneo, II, p. 505, c: 'Αριστοτέλης δὲ ἐν τῷ περὶ ποιητῶν οὕτως γράφει: οὐκοῦν οὐδὲ ἐμμέτρους τοὺς καλουμένους Σώφρονος μίμους μὴ φῶμεν εἶναι λόγους καὶ μιμήσεις, ἢ τοὺς Ἀλεξαμενοῦ τοῦ Τηίου τοὺς πρώτους γραφέντας τῶν Σωκρατικῶν διαλόγων; ἀντικρὺς φάσκων ὁ πολυμαθέστατος Ἀριστοτέλης πρὸ Πλάτωνος διαλόγους γεγραμέναι τὸν Ἀλεξαμενόν. Véase también lo que de la misma obra de Aristóteles cita Diógenes Laercio, 3, 48: διαλόγους τοίνυν φασὶ πρώτων γράψαι Ζήνωνα τὸν Ἐγεάτην. Ἀριστοτέλης δ' ἐν πρώτῳ περὶ ποιητῶν Ἀλεξαμενὸν τὸν Στυρέα ἢ Τηίον, ὡς καὶ Φαβωρίνος ἐν ἀπομνημονεύμασιν. Δοκεῖ δὲ μοι Πλάτων ἀκριβῶσας τὸ εἶδος καὶ τὰ πρωτεία δικαίως ἂν ὡσπερ τοῦ κάλλους οὕτω καὶ τῆς εὐρέσεως ἀποφέρεσθαι.

<sup>2)</sup> Diógenes Laercio, 2, 64. No nos debe extrañar ciertamente que donde no cita las obras en cuestión, muestre no conocer esta opinión de Panecio.

excepción entre todos los mantenedores y propagandistas del estoicismo. Con esto queda en su mayor parte desvirtuado cuanto se ha dicho acerca de los supuestos diálogos de *Criton*, *Glauco*, *Simias* y *Cebes* <sup>1)</sup>. Algunos de estos diálogos parecen también haber llevado nombres de personajes fabulosos. Entre éstos debía contarse, por ejemplo, el zapatero Simon, no obstante aparecer citado en alguna de las cartas atribuidas á varios socráticos, que han llegado hasta nosotros <sup>2)</sup>.

Sentados estos precedentes, parecería inútil que quisiéramos ocuparnos más detenidamente en las obras de este género, que sólo conocemos por las noticias que acerca de ellas nos da Diógenes Laercio. A juzgar por los títulos, los asuntos de todas ellas debían ser bastante análogos: eran cuestiones filosófico-morales, tratadas sin duda de la manera más sencilla y comprensible para el vulgo. Su escaso mérito explica el por qué estos escritos se han perdido casi por completo. Sólo los de *Fedon* merecieron posteriormente alguna estima <sup>3)</sup>. Su autor, era el mismo cuyo nombre perpetuó Platon, en el diálogo que lleva aquel título. Después de mil extrañas vicisitudes, trabó relaciones con Sócrates, poco tiempo antes de su muerte; su escuela, estable-

<sup>1)</sup> Es en sumo grado oscura la denominación de σκυτικοί, que se da á estos diálogos; Diógenes Laercio, 2, 105, por ejemplo, cita los de Fedon, añadiendo: καὶ τοὺτους τινὲς Λισχίνου φασί. En cambio en el 122, dice: Σίμων Ἀθηναῖος, σκυτοτόμος. οὗτος ἐρχομένου Σωκράτους ἐπὶ τὸ ἐργαστήριον καὶ διαλεγομένου τινά, ὡς ἐμνημόνευεν ὑποσημειώσεις ἐποίητο, ὅθεν σκυτικούς αὐτοῦ τοὺς διαλόγους καλοῦσιν.

<sup>2)</sup> En ninguna de las más antiguas fuentes que han llegado hasta nosotros, se encuentra alusión alguna á las relaciones de Sócrates con un zapatero llamado Simon. Evidentemente no era sino una especie de Sócrates rústico y grosero. De aquí que parezcan débiles los fundamentos en que se ha apoyado Böckh para atribuirle los dos breves diálogos, que aún se conservan, intitulados *Minos* é *Hiparco*. Véase su edición *Simonis Socratici dialogi*, Heidelberg, 1810, y la *Encyclopädie und Methodologie der philologischen Wissenschaften*, p. 228. Aun en el caso más favorable, sólo podría tratarse de obras falsificadas con su nombre. El hecho de que sea su asunto idéntico á los de los dos diálogos περὶ νόμου y περὶ φιλοκερδοῦς, catalogados como obras de Simon, nada prueba, pues que los mismos temas han sido tratados multitud de veces.

<sup>3)</sup> Véase Gelio, *Noct. att.*, 2, 18, donde se dice de él: *is postea philosophus illustris fuit, sermonesque eius de Socrate admodum elegantes leguntur*. Séneca, *Epist. ad Lucil.*, 94, 41, los cita. Como se desprende de los *Anecd.*, p. 107, 1, de Bekker, los vocablos λογάρια y λογοποιήματα de Fedon, citados por Pollux, 2, 112, pertenecen al diálogo *Zopiro*, del cual han sido tomadas también las palabras ἀβελτηρία y προπαπική, citadas igualmente por Pollux. De los cuatro diálogos que con su nombre han llegado hasta nosotros, sólo dos pasan por auténticos.

cida en Elea, siguió siempre el mismo rumbo que la de Euclides; más tarde, Menedemo la trasladó á Eretria.

Si entre las obras de este género que hoy existen, hay alguna que con más ó menos probabilidades de acierto pueda atribuirse á uno de los antiguos socráticos, es cuestión que ciertamente no debe rezar con la que con el título de *Cuadro* (Πίναξ) de Cebes, ha llegado hasta nosotros. En primer lugar, no debe contarse este trabajo en el número de los discursos socráticos, porque ni Sócrates desempeña en él papel alguno, ni siquiera se le nombra; esto aparte de que hay motivos más que suficientes para creerlo posterior á la muerte de Platon. No sólo revela ya esta obra el influjo de la doctrina de los Estóicos, sino que las denominaciones con que en ella se designa á las diversas tendencias filosóficas, acusan evidentemente una época menos remota <sup>1)</sup>. Por otra parte, el pensamiento que la informa no deja de tener cierta semejanza con el conocido asunto de «Heracles entre el vicio y la virtud», tomado por Jenofonte, de Pródico el sofista. Trátase de la explicación de un supuesto cuadro, en el cual, al lado de la ancha y cómoda vía que conduce al vicio, se halla trazada la senda estrecha y difícil que lleva á la virtud.

Lo mismo ha de decirse de los tres diálogos que hasta nosotros han llegado con el nombre de *Esquines*; pues ninguno de ellos debe ser considerado como obra del hombre, que, según general opinión de la antigüedad, ocupó uno de los puestos más eminentes entre aquellos que se habían limitado á reproducir lo más fielmente posible las teorías de Sócrates, conservando, por supuesto, la forma en que éste las había comunicado. Por lo demás, Esquines, hijo de Lisánias, desempeñó un papel señalado entre los socráticos. Como su homónimo el orador, pertenecía á una familia pobre y oscura. Después de la muerte de Sócrates, á quien le unían las relaciones más cordiales, permaneció aún largo tiempo en la corte de Dionisio el Antiguo <sup>2)</sup>. En cambio, parece

<sup>1)</sup> Véanse los capítulos XXXIII y XIII, y lo que Calcidio ha dicho al final de su comentario al *Timeo* de Platon. Luciano, *De mercede cond.*, cap. XLII, parece citar esta obrita como auténtica. Además del Πίναξ, Diógenes Laercio, 2, 125, menciona como obras de Cebes, los diálogos intitulados Έβδόμη y Φρόνιμος. En los fragmentos de la obra de Plutarco sobre el *Alma*, lib. 5, p. 13 y 14 de la edición Didot, se citan pasajes con el nombre de Cebes y con el de Simias (ambos eran oriundos de Tebas.)

<sup>2)</sup> Véase Séneca, *De beneficiis*, 1, 8, y Diógenes Laercio, 2, 34.

poco fidedigno cuanto se ha dicho sobre sus relaciones con Platon ó con Aristipo: como que muchas noticias de esta índole parecen haber sido sacadas de cartas á todas luces apócrifas, que en determinada época sirvieron para retratar el carácter de los socráticos y platónicos, y en las cuales, como es natural, la exactitud histórica está tan desatendida como en los diálogos. Dícese que después Esquines vivió en Atenas, consagrado, en parte, á escribir discursos para otros, en parte también al magisterio <sup>1)</sup>. Los fragmentos de un discurso de Lisias á él alusivos y que hoy se conservan, no le presentan ciertamente bajo el aspecto más favorable <sup>2)</sup>.

Entre los diálogos que llevan el nombre de Esquines, el *Erixias* es á lo sumo el único que podría pasar por suyo, por hallarse retratadas en él algunas de las cualidades que los antiguos elogiaron en este socrático. Hay que observar, sin embargo, que en ninguna parte aparece citada esta obrita como original de Esquines. El modo cómo está desenvuelto el asunto—se trata de las riquezas—revela, sin embargo, que su autor era hombre de no vulgar talento; de todas suertes este diálogo es muy superior á los otros dos. Constituye el asunto del uno, la tan discutida cuestión de si la virtud es ó no susceptible de ser enseñada; el otro, conocido con el título de *Axioco*, trataba de la muerte. El principal interés de esta obrita, por lo demás de mérito muy mediano, consistía, según parece, en una disertación enteramente sofística del sofista Pródico sobre las miserias de la vida humana. No ha de inferirse, sin embargo, de aquí, que Esquines rindiera homenaje al concepto pesimista del mundo, que abrigaba este último; antes debe creerse que profesaba ideas radicalmente contrarias. Ciertamente existió un *Axioco* de Esquines; pero de los pasajes que de él se citan, no se encuentra la menor huella en los diálogos que hasta

<sup>1)</sup> Diógenes Laercio, 2, 63, cita uno de sus discursos con el título de 'Απολογία τοῦ πατρὸς Φαίλακος τοῦ στρατηγοῦ.

<sup>2)</sup> El intento de Welcker, *Rhein. Museum*, n. F. vol. 2, p. 391 y ss., *Kleine Schriften*, vol. 1, p. 412, de presentar como parte de un discurso apócrifo, este fragmento de Lisias que cita Ateneo, 13, p. 611, d, no es en manera alguna convincente. Por lo demás, cítase también la maliciosa observación que allí encontramos sobre la amada de Esquines, cuyos dientes eran tan fáciles de contar como sus dedos. Otros dos discursos de Lisias, que ya no existen, se referían á otro Esquines. De los dos pasajes de Platon en que se habla de Esquines, no puede sacarse consecuencia alguna respecto de su carácter.

hoy se han conservado <sup>1</sup>); y menos todavía del retrato de Alcibiades que, según testimonio de un antiguo escritor <sup>2</sup>), contenía el *Axioco*, y en el cual se le presentaba como un borracho y seductor del sexo femenino. Además del *Axioco*, se citan otros seis diálogos de Esquines. Su primer trabajo fué el *Milciades*, cuyo título no aludía ciertamente al famoso capitán, sino al oscuro hijo de un cierto Esteságoras <sup>3</sup>). No necesitan ser explicados los títulos de los diálogos *Calias*, *Aspasia*, del cual reproduce Ciceron un extenso fragmento <sup>4</sup>) y *Alcibiades*; en cambio el del *Rhinon* y el del *Telauges* <sup>5</sup>), sólo consienten muy dudosas hipótesis.

Según testimonio de un escritor de veracidad sobrado dudosa, Menedemo de Eretria, á quien ya antes hemos citado como discípulo de Fedon, había echado en cara á Esquines el haber dado como suyos diálogos originales de Sócrates, que él había recibido de Xantipa <sup>6</sup>). Si esto es cierto, la intención de Menedemo no pudo ser otra que la de hacer resaltar, al mismo tiempo que la elogiaba con su habitual ingenio <sup>7</sup>), la fidelidad con que Esquines presentaba hablando á Sócrates. La brevedad de los fragmentos de diálogos, á todas luces auténticos, de Esquines, que han llegado hasta nosotros, no permite formar juicio alguno sobre la manera cómo éste desenvolvía y explanaba los discursos socráticos. Los críticos posteriores, sin embargo, tribútanle grandes elogios, pues no sólo le colocan á la altura de Jenofonte y de Platon, sino que algunos le presentan como superior al primero de estos escritores, á quien no sólo aventajaba en el arte de dar forma dramática á los asuntos, sino también en el manejo de una sátira más punzante que la empleada por los poetas cómicos <sup>8</sup>); al mismo tiempo elogian la gracia, naturalidad, pure-

<sup>1</sup>) Pollux, 7, 135, y Ateneo, 5, p. 220, c.

<sup>2</sup>) Ateneo, 5, p. 220, c: ἐν δὲ τῷ Ἀξιόκῳ, πικρῶς Ἀλκιβιάδου κατατρέχει, ὡς οἰνόφλυγος, καὶ περὶ τὰς ἄλλοτριᾶς γυναῖκας σπουδάζοντος.

<sup>3</sup>) Diógenes Laercio, 2, 61. Según Luciano, *De parasito*, c. 32, Esquines debió á este diálogo el favor de Dionisio.

<sup>4</sup>) *De inventione*, 1, 31. Sirve como ejemplo de una inducción, por medio de la cual tratan de demostrar, primero Sócrates á la esposa de Jenofonte y luego Aspasia á Jenofonte, la necesidad de la buena vida conyugal.

<sup>5</sup>) En Ateneo, 5, p. 220, a, encontramos algo sobre el último diálogo.

<sup>6</sup>) Diógenes Laercio, 2, 60, Ateneo, 13, 611, e.

<sup>7</sup>) Diógenes Laercio, 2, 127.

<sup>8</sup>) Ateneo, 5, p. 220, a: περὶ κασι δ' οἱ πλείστοι τῶν φιλοσόφων τῶν κωμικῶν κατήγοροι μᾶλλον εἶναι, donde se citan una serie de ejemplos de Esquines.

za y transparencia de su estilo <sup>1</sup>), el cual, por lo armonioso, comparaban con el de Platon y Antístenes <sup>2</sup>). Difícil es determinar qué es lo que en estos elogios hay de justo y exacto, y qué lo que debe atribuirse á una predilección repentinamente concebida por un escritor raras veces citado; hecho este último que, según parece, no dejó de repetirse entre los retóricos del siglo segundo de nuestra Era. No es tampoco fácil decidir si la noticia, confirmada por un pasaje que se conserva <sup>3</sup>), de que el influjo de Gorgias revelábase claramente en las obras de Esquines, debiera explicarse como se explica en pasajes análogos de Platon, á saber: no viendo en ello más que el deseo de imitar con la mayor fidelidad posible, el estilo afectado y pretencioso de algún personaje que interviene en el diálogo.

Indudablemente debe contarse á *Euclides* en el número de los discípulos de Sócrates que ofrecen bastante menos interés á la historia de la Literatura, que á la de la Filosofía. Según todas las probabilidades uníanle á Sócrates relaciones menos estrechas, que las que mantenía con los Eclécticos. De la escuela creada por él en Megara, y en la cual, como veremos más tarde, parece que trabajó Platon algún tiempo, salió no escaso número de hombres que llegaron á adquirir cierta importancia, gracias, en parte, á que su afición á las sutilezas dialécticas y el extraordinario amor á la polémica que, según Simon el Silógrafo, Euclides inspiró á los megarenses <sup>4</sup>), provocaron no pocas veces las burlas de la comedia. No

<sup>1</sup>) Hermógenes, *De ideis*, 2, 2, t. 3, p. 394 de Walz: οὗτος τοίνυν ἐστὶ μὲν ἀφελῆς καὶ αὐτός, εἴπερ τις ἕτερος, πλείονι δὲ τῷ καθαροῦ καὶ εὐκρινεῖ ἢ τῷ ἀφελεῖ χρεῖται, ταῦτά τοι καὶ λεπτότερός ἐστι κατὰ τὴν λέξιν τοῦ Ξενοφάνους, etc.

<sup>2</sup>) Longino, *De invent.*, t. 9, p. 359 de Walz.

<sup>3</sup>) Diógenes Laercio, 2, 63. Véase Filóstrato, *ep.*, 13: Αἰσχίνης δ' ἀπὸ τοῦ Σωκράτους, ὑπὲρ οὗ πρόην ἐσπούδαζες, ὡς οὐκ ἀφανῶς τοὺς διαλόγους χολάζοντος, οὐκ ὀκνεῖ γοργιάζειν ἐν τῷ περὶ Θαρρηλίας λόγῳ· φησὶ γάρ που ὧδε: «Θαρρηλία ἐλθοῦσα εἰς Θετταλίαν, ζυγὴν Ἀντιόχῳ Θετταλῷ βασιλεύοντι πάντων Θετταλῶν.» Bergk, *De reliquiis com. att.*, p. 237, cree que es del diálogo *Aspasia*. Véase Welcker, *Kleine Schriften*, vol. 1, p. 421.

<sup>4</sup>) Diógenes Laercio, 2, 107: περὶ αὐτοῦ ταῦτά φησι Τίμων προσπατρατρώγων καὶ τοὺς λοιποὺς Σωκρατικούς.

ἀλλ' οὐ μοι τούτων φλεθόνων μέλει, οὐδὲ γὰρ ἄλλων οὐδενός, οὐ Φαίδωνος, ὅστις γε, οὐδ' ἐριδάντεω Εὐκλείδου, Μεγαρεῦσιν ὅς ἔμβαλε λύσσαν ἐρισμοῦ.

De este amor á la polémica se deriva también la denominación de «erísticos», que á veces se da á los megarenses.

queda vestigio alguno de los escritos de Euclides; entre ellos se citan seis diálogos, uno de los cuales se intitulaba *Esquines*.

El tradicional acuerdo con que Aristipo, fundador más tarde de una escuela filosófica en Cirene, su patria, célebre por la vida voluptuosa á que eran dados sus habitantes, es calificado de socrático, se hace sospechoso desde el momento en que Aristóteles le cuenta sin rebozo en el número de los sofistas <sup>1</sup>). El único punto de contacto que sus doctrinas tienen con las de Sócrates está en que subordina el placer (ἡδονή), que es á su juicio el fin á que debe aspirarse, á la inteligencia (φρόνησις).

Son numerosas, y en su mayoría inventadas, las anécdotas que sobre Aristipo se nos han transmitido. En el fondo todas ellas se limitan á describir su amor á la vida cómoda, ó la agudeza de su ingenio; en cambio, no poseemos fragmento alguno evidentemente auténtico de sus obras <sup>2</sup>). Ya para los antiguos era discutible si existieron alguna vez escritos suyos. El dicho del historiador Teopompo, de que Platon tomó en parte sus diálogos de las *Diatribas* de Aristipo <sup>3</sup>), no puede considerarse como una prueba de su existencia: porque con esta denominación no se designaba una obra del mismo Aristipo, sino, lo que es más verosímil, apuntes sacados por los oyentes de sus discursos orales. Esta hipótesis explica la maliciosa inculpación de Teopompo, la cual no habría podido prevalecer si no hubiera sido difícil comprobar su exactitud. Sin embargo, aun aquellos que como Panecio <sup>4</sup>) se inclinaban á admitir la existencia de escritos auténticos de Aris-

<sup>1</sup>) *Metafísica*, 2, 2, p. 996, a: τῶν σοφιστῶν τινές, οἷον Ἀριστιππος. Merece consignarse que solía enseñar á cambio de dinero.

<sup>2</sup>) Los únicos pasajes que quizá podían ser considerados como tales, son los que conserva Estobeo, *Florilegio*, 17, 18: κρατεῖ ἡδονῆς οὐχ ὁ ἀπεχόμενος, ἀλλ' ὁ χρώμενος μὲν, μὴ παρεκφερόμενος δέ, ὡσπερ καὶ νεῶς καὶ ἵππου, οὐχ ὁ μὲν (léase μή) χρώμενος, ἀλλ' ὁ μετὰ γων ὅποι βούλεται, y 95, 32: οὐχ ὡσπερ ὑπόδημα τὸ μείζον δύσγρηστον, οὕτω καὶ ἡ πλείων κτήσις· τοῦ μὲν γὰρ ἐν τῇ χρήσει τὸ περιττὸν ἐμποδίζει, τῇ δὲ καὶ ὅλη χρῆσθαι κατὰ καιρὸν ἔξεστι καὶ μέρει, los cuales concuerdan con el conocido pasaje de Horacio, *Epist.*, I, 1, 18:

*Nunc in Aristippi furtim praecepta relabor,  
et mihi res, non me rebus, subiungere conor.*

<sup>3</sup>) Ateneo, II, 508, c: Θεόπομπος ὁ Χίος ἐν τῷ κατὰ τῆς Πλάτωνος διατριβῆς· «τοὺς πολλοὺς, φησιν, τῶν διαλόγων αὐτοῦ ἀχρεῖους καὶ ψευθεῖς ἂν τις εὔροι ἀλλοτρίους δὲ τοὺς πλείους ὄντας ἐκ τῶν Ἀριστιπποῦ διατριβῶν, ἐπίους δὲ καὶ τῶν Ἀντισθένους, πολλοὺς δὲ καὶ τῶν Βρύσσωνος τοῦ Ἡρακλειώτου.

<sup>4</sup>) Diógenes Laercio, 2, 84.

tipo, rechazaban como apócrifos la mayoría de los que corrían con su nombre. Con tales circunstancias, claro es que poco partido puede sacarse de las dos largas listas de obras suyas que nos trasmite Diógenes Laercio, y en las cuales, según todas las apariencias, van comprendidos los trabajos destinados á difundir teorías atribuídas á Aristipo. Verosímilmente no nos equivocaremos, si calificamos de muy escaso el mérito de estas producciones, así en lo tocante á la riqueza de ideas, como en lo que respecta á la belleza de su forma. El hecho de que se hayan perdido completamente, habla muy alto en favor de esta opinión. Lo único que quizá merece consignarse, es que entre los veinticinco diálogos atribuídos á Aristipo, había algunos compuestos en dialecto dórico. Lo mismo, por lo demás, puede decirse de algunas de las cartas que corren con el nombre de este escritor, y que se encuentran en la colección de epístolas de socráticos. No obstante estar escritas con más habilidad que la mayoría de las producciones de análoga índole, revelan demasiado claramente haber sido fruto de una época menos remota, para que podamos sacar de ellas, en este caso, provecho alguno <sup>4</sup>).

No hemos de examinar aquí el posterior desenvolvimiento de las doctrinas de la escuela de Cirene, el cual se halla, hasta cierto punto, en aparente contradicción con las opiniones de su fundador. Como sucedió más tarde á la filosofía de Epicuro, con la que se hallaba en lo esencial de perfecto acuerdo, su influencia quedó limitada á un estrecho círculo cuyas aspiraciones á la vida más cómoda y tranquila posible, respondían á su general carácter

<sup>4</sup>) En contra de la opinión emitida por R. Bentley en sus notables disertaciones sobre las cartas de Falaris, p. 549 y 550 de la traducción de Wold. Ribbeck, aboga en favor de estas cartas el filólogo holandés Walckenaer, *Diatr. in Euripidis fragmenta*, p. 190. En la época moderna ha defendido su autenticidad Mullach, quien en los *Fragmenta philos. gr.*, t. 2, p. 404 de la colección Didot, la sostiene considerando que están escritas de manera que revelan perfectamente el genio de Aristipo, y al mismo tiempo adaptadas á la condición y opiniones de aquellos á quienes iban dirigidas. Que Aristipo no debe ser considerado como autor de un escrito repetidas veces citado con el título de *περὶ παλαιᾶς τρυφῆς*, se desprende claramente del tiempo en que se realizaron algunos de los sucesos que en él se mencionan. Es innecesario acudir al medio á que en casos análogos suele apelarse, y atribuir esta obra á un Aristipo posterior; verosímilmente, por razones fáciles de comprender, esta obra se intitulaba *Aristipo*. Por lo demás, existió un Aristipo posterior: el nieto de Arete el Antiguo. Llamábase *μητροδιδάκτωρ*, porque su madre le había enseñado la filosofía.